

Olivares Bøgeskov, Benjamín, *El concepto de felicidad en las obras de Søren Kierkegaard*, Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 2015, 426 páginas, ISBN: 978-607-417-311-6.

Rafael García Pavón

El escribir es para él un lujo que le resulta más agradable y evidente en la medida que es menor el número de quienes compran y leen lo que escribe. Prevé sin esfuerzo cuál ha de ser su destino en una época que ha cancelado la pasión en beneficio de la ciencia, una época en la que el escritor que quiere ser leído ha de tener la precaución de escribir de forma tal que su libro resulte cómodo de hojear durante el tiempo de la siesta, y cuidar de que su aspecto externo sea como el de ese jardinero joven y educado que, respondiendo a un anuncio aparecido en el periódico se presenta sombrero en mano, provisto de un buen certificado de antecedentes extendido por la última persona a quien sirvió, y se ofrece a la consideración del respetabilísimo público en general. El autor prevé su destino: pasar completamente inadvertido; presiente también algo tremendo: que más de una vez la celosa crítica le expondrá en la picota pública; y le entran temblores cuando considera otra posibilidad aún más temible: que pueda surgir algún que otro eficiente archivero —un devora-párrafos— (que para salvación de la ciencia está siempre dispuesto a hacer con los escritos ajenos lo mismo que Trop para preservar el gusto hizo magnánimamente con La ruina del género humano) lo divida en §§, con idéntica inflexibilidad que aquel hombre que por amor de la ciencia de los signos de puntuación dividía su discurso contando las palabras de manera que sumaban cincuenta hasta el punto y treinta y cinco hasta el punto y coma¹.

En un mundo en el cual se han multiplicado las formas en que podemos publicar y/o exhibir cualquier opinión sobre cualquier tema, pretendiendo verdad absoluta y completa de modo inmediato, con la misma velocidad de la luz, adquiriendo cierto protagonismo o posicionamiento en las mentes de otros, como si hubiéramos convertido nuestra personalidad en una marca más del mercado por voluntad propia; pero con la ventaja de la comodidad del anonimato auto legitimado por el ámbito de las redes sociales, abundan los conceptos de felicidad, las sugerencias de felicidad, los exhortos para la felicidad, siempre atendiendo a tres elementos que le dan éxito en el mercado: todos pueden acceder a ella, la felicidad implica la anulación del dolor que da la responsabilidad y la culpa, para lograrlo no se necesita

¹ Søren Kierkegaard, *Temor y temblor*. Trad. Vicente Simón Merchán. Madrid: Trotta, 1998, pp. 5-6.

hacer gran cosa más que dejar al tiempo que pase y mantener una mente y actitud positivas. Sin embargo, ello no parece estar produciendo mayores grados de felicidad, al menos así lo indican las estadísticas, sino una mayor conciencia de la insatisfacción e imposibilidad de lograr la felicidad a través de estos medios.

En este contexto se da la necesidad en los mismos medios de recurrir a frases célebres de los sabios y los clásicos, de preferencia muertos, exóticos y famosos, como Kierkegaard o Schopenhauer, para darle cierta autoridad al deseo de una felicidad posible o al convencimiento de que la misma es imposible, pero al final se termina mediante este sistema automático de devora párrafos de las grandes obras y mentes de la humanidad, enviando el mismo mensaje de una no responsabilidad e indolora relación con la felicidad posible; al final del día el resultado es una feliz resignación o frustración, que termina por ensalzarse con sus publicaciones de ideas imprácticas por aisladas e impersonales.

En este contexto el libro de Benjamín Olivares tiene una relevancia especial, tanto para la idea de felicidad como para los estudios sobre el filósofo danés, no sin carecer de ironía en el mismo título; pues como el mismo Kierkegaard hizo al titular el *Concepto de la angustia*, en donde más que concepto lo que se da es la vivencia de la angustia, por medio de la reflexión, y a partir de ahí su comprensión; de algún modo en esta obra no se encuentra un concepto en el sentido estricto de felicidad, sino una caracterización de los modos de vida en que la felicidad se denotan en algunas obras de Kierkegaard, bajo un hilo conductor que contrasta con lo pretendido en las redes sociales de nuestros tiempos, pues llama, implica y exige una responsabilidad personal y una integración del dolor y el sufrimiento en la misma con mirada trascendente.

Por esta tendencia de los devora párrafos, como decía Johannes de Silencio, la felicidad, entendida como alegría, bienaventuranza, plenitud, se ha dejado de ver y estudiar en las obras de Kierkegaard por el énfasis que tienen otras categorías más dramáticas como la angustia, la desesperación o el sufrimiento, inclusive bajo el mito formado de la imagen de la persona de Kierkegaard, que él mismo ayudó a formar, como un amargado que odiaba el mundo y que su misma vida careció de la felicidad prometida al renunciar por su melancolía al amor de Regine Olsen.

Benjamín Olivares pretende mostrar en esta obra que si bien estas asociaciones tienen su sentido, no lo tienen en sí mismas, ni por los mitos kierkegaardianos, sino que cobran su significado en relación a las abundantes

referencias, en las obras de Kierkegaard, a la felicidad; entendida, sobre todo, con tres términos, que cada autor seudónimo va significando como: alegría, felicidad y bienaventuranza, siendo esta última el hilo propiamente conductor del texto: como una actividad cuyo deseo es alcanzable en el propio tiempo, implicando a la persona completa en una integración armónica y trascendente de todas sus esferas en tiempo presente, por lo cual no desprovista de sufrimiento o dolor, con sentido tanto temporal como eterno o de eternamente temporal, como la cita de los discursos edificantes que considera la central de su trabajo:

¿Qué es la alegría o qué es estar alegre? Es ser presente consigo mismo, pero ser verdaderamente presente consigo mismo es este hoy, este ser hoy, verdaderamente ser hoy. Mientras más verdadero es que tú eres hoy, mientras más completamente presente eres para ti hoy, menos el día de la preocupación, mañana, existe para ti. La alegría es el tiempo presente con todo el énfasis en el tiempo presente. Por esto Dios es feliz (*salig*), Él que eternamente dice: Hoy, Él que eterna e infinitamente es presente a sí mismo al ser hoy².

Desde esta perspectiva Benjamín Olivares enmarca el modo de abordar el tema tomando en cuenta la complejidad y las intenciones de autoría de Kierkegaard. Por un lado, su método es reflexivo, no es ni descriptivo ni interpretativo, es decir no pretende solo describir la felicidad, pero tampoco interpretar el sentido de la misma o de su relación con lo que dijo verdaderamente Kierkegaard, sino más bien que se convierta en una vivencia de reflexión del mismo lector-autor en el cual la felicidad no termina siendo un concepto, sino una tendencia de comprensión. Decíamos que el título en ese sentido es una ironía de tipo kierkegaardiana porque Olivares Bøgeskov establece que para abordar el tema no hay de entrada ni una definición ni un tratado como tal de Kierkegaard al respecto, sino más bien tendencias que podrían enmarcarse en relación a los estadios o modos de vida estético, ético y religioso. Tendencias que se leerán desde la perspectiva misma de cada autor seudónimo sin cruzar referencias con otros, en el sentido que la perspectiva estética desde la estética puede diferir de la perspectiva ética desde la ética. Con este crisol de reflexiones pretende no caer en interpretaciones equívocas, sino enfatizar el ámbito analógico tanto del concepto mismo de felicidad como del modo de comprensión y de escritura de Kierkegaard, lo cual supone una intención del autor, aunque no sea algo

² Søren Kierkegaard, *SKS*, 11, 43 citado por Benjamín Olivares Bøgeskov en la obra reseñada, p. 280.

evidente de modo directo, porque la analogía permite la participación del lector en el aspecto vivencial de la reflexión.

A este ámbito analógico del concepto de felicidad, Olivares Bøgeskov lo estipula primero en tanto el mismo concepto en general y después en tanto el mismo Kierkegaard, dejando en claro que el sentido de felicidad como bienaventuranza, podría ser el más específico. Así la felicidad podría entenderse en tres ámbitos, desde la causa u objeto de la misma, desde el acto con el cual se consigue y con respecto al efecto. En esta perspectiva de analogía de proporcionalidad la felicidad sería, en general, un acto de diversas maneras con diversos objetos que realiza diversos efectos, pero todos en relación, de analogía de atribución, a una satisfacción total y completa, de modo permanente, con plenitud y consistencia y del más alto grado de perfección. En las obras de Kierkegaard hay tres términos que se utilizan análogamente, a veces como sinónimos y a veces como contradictorios, según sea el modo de vida del seudónimo que escribe: alegría, felicidad y bienaventuranza. Por ejemplo, en los escritos estéticos tienden a identificarse, en los éticos se contraponen lo terrenal (alegría) a lo espiritual (bienaventuranza) y en el religioso se integran felicidad con bienaventuranza, haciendo énfasis en un sentido espiritual pero en tiempo presente, no en un futuro abstracto sino que se está dando en el provenir.³

Las preguntas que animan el texto de Benjamín Olivares no son del tipo ¿qué quiso decir Kierkegaard sobre la felicidad o cuál es la interpretación verdadera?, sino más bien del tipo ¿qué dice cada seudónimo y si es verdad y coherente lo que dicen entre ellos? Esta forma de plantear el acercamiento reflexivo a la obra de Kierkegaard con el fin de hacer evidente la felicidad, es importante para Olivares Bøgeskov, porque ve en sus obras un modo de responder a cuatro contextos en el que la felicidad se problematiza de algún modo: primero, ante la idea del psicoanálisis de Freud, en donde se problematiza la causa del gozo como una dialéctica entre espíritu y sensualidad; segundo, ante el existencialismo y el nihilismo, para los cuales, si bien no se niega, se sospecha sobre la posibilidad real de un deseo de felicidad, preguntándose hasta qué punto esto es un autoengaño; tercero, ante el diálogo de Aristóteles y la tradición tomista, en el cual se enfatiza la vía contemplativa sobre la vida activa como felicidad; y cuarto, ante el catolicismo y el luteranismo, como si la primera fuera una tradición más optimista que la segunda.

En este marco de comprensión y de intenciones metodológicas, por

³ Cfr. Olivares Bøgeskov, pp.33-39.

los cuales parece ser que la tendencia de felicidad en Kierkegaard, de modo analógico como bienaventuranza feliz, se puede acceder por el ejercicio reflexivo, como nos dice Benjamín Olivares: “considero el pensamiento filosófico como un ejercicio alegre y una herramienta adecuada para la consecución de la felicidad.”⁴; para responder a los problemas de la felicidad por esas cuatro corrientes y presentar un modo en el que la felicidad exige la implicación personal y no solo la satisfacción efímera de la publicación en redes sociales que lava de culpas. Esto no está lejos de ser problemático y discutible, y no carece de antecedentes, creo que su originalidad está en cómo estructura este marco de comprensión como ejercicio de reflexión, que hace vivir la felicidad y en ese sentido comprenderla, es decir un concepto.

Así el texto se divide en la felicidad en los tres estadios estético, ético y religioso. La elección de las obras tiene que ver con aquellas que Olivares Bøgeskov considera, o la tradición de interpretación considera como típicas de la vivencia de cada estadio. Así para el estético y ético eligió *O lo uno o lo otro* y *Etapas en el camino de la vida*. Para el estadio religioso es mucho más problemático, es el tema que sale más a relucir y que ocupa más espacio en las más de 300 páginas, elige *Temor y temblor* y *Migajas filosóficas*, para plantear la posibilidad de la felicidad religiosa, segundo los *Discursos edificantes* y los *Discursos cristianos*, como la expresión propia de la felicidad religiosa y los textos de Anti-Climacus, *La enfermedad mortal* y *Ejercitación del cristianismo*, como el ideal de felicidad religiosa.

De este modo va haciendo una detallada argumentación de los textos elegidos, seguidos con un cierto orden temático y a veces con el orden mismo de cómo se presenta el texto; así, en cuanto al estadio estético, después de ver todas las formas de vida estética desde el poeta hasta Johannes el Seductor, concluye que este estadio es el único en el cual el objeto de gozo feliz es en sí mismo insatisfactorio, por lo que el esteta permanece en un estado de insatisfacción permanente. O dicho en otras palabras, el objeto de felicidad estético desde la estética no se realiza. Dejando así abierta la puerta para la crítica del estadio ético, representado por el Juez Wilhelm en sus textos de “La validez estética del matrimonio” y “El equilibrio entre lo estético y lo ético en la formación de la personalidad”; en estos el gozo estético verdadero se da no desde la estética, sino de su integración relativa al objeto de elección absoluta que es el sí mismo.

Así la felicidad ética no es ni el legalismo, ni el moralismo, sino gozar de la unidad de sentido, de significado, de verdad y belleza que otorga la

⁴ *Ibíd.*, p. 20.

elección de sí mismo como la de vivir tendido hacia lo eterno en lo temporal, sin aniquilar lo temporal y sin dejarse llevar del todo por lo eterno, la noción de personalidad, la felicidad de Wilhelm, nos dice Benjamín Olivares, no es por cumplir con su deber, sino por la armonía entre lo estético y lo ético debido a la elección de encarnar lo eterno en el tiempo, pero siempre en relación con la vida finita. La limitación de la felicidad ética es que lo eterno no sería en sí mismo un objeto de gozo o de felicidades, por lo cual aunque hay una idea de culpa y arrepentimiento como dolor ético, no habría la radicalidad del pecado y de la fe. “En Wilhelm, encontramos consecuencias gozosas de una relación finita con lo eterno, como la paz, la seguridad y el sentido, pero no un gozo por lo eterno en sí”⁵.

En el estadio religioso la felicidad se comprende en tres momentos y uno de ellos es el fundamental. El primero, el que estaría representado por Johannes Climacus, como un acto subjetivo de transformación del sufrimiento y en Johannes de Silentio, como un acto subjetivo de recuperación del sacrificio. El segundo momento, y el central, a mi parecer, del texto de Olivares Bøgeskov, es el que ya mencionábamos hace unos momentos acerca de los discursos edificantes, en los cuales la felicidad es la alegría de vivir en relación a lo eterno como gozo en sí mismo en el tiempo y para el tiempo presente. Detallando las explicaciones de las relaciones de la configuración de sí mismo por participación de lo eterno con lo temporal en todas sus dimensiones, lo cual nos llevaría al tercer momento, que aunque Benjamín Olivares no lo dice explícitamente, me parece es el concepto de contemporaneidad manejado por Anti-Climacus en *Ejercitación del cristianismo*, en el cual lo eterno no solo es en tiempo presente, sino que viene al presente en el ámbito del sufrimiento y el martirio, cobrando gran importancia la adoración, el agradecimiento y la alabanza.

Siendo consciente de las limitaciones y los riesgos del método propuesto para este ejercicio feliz de comprensión de la felicidad en las obras de Kierkegaard, y dejando a un lado las diferencias específicas entre ellos, concluye que lo común en todos estos textos, es que hay un deseo convencido de la felicidad, que es una realidad prometida a los hombres que se cumple en tiempo presente y no en un más allá abstracto, lo cual presupone una bondad natural de felicidad y por ello no tiene sentido el sufrimiento auto-infligido, sino solo en relación desde esta teleología, y por lo tanto sufrir como acto de providencia no es sufrir para siempre, sino para el bien de los seres humanos y requiere de una vida práctica que no por ello

⁵ *Ibid.*, p. 188.

descuida la contemplativa, sino que más bien critica la separación de ambas.

Lo interesante del modo de llevar a cabo esta obra de Benjamín Olivares, es que el mismo ejercicio de acercamiento a la felicidad, viviéndola en la reflexión, es para el no entrenado en el pensamiento de Kierkegaard un buen recorrido por sus sobras. Un texto como este no por ello está desprovisto de críticas razonables y legítimas en el mismo sentido que Olivares Bøgeskov ha expuesto. Me gustaría solo señalar una de ellas, que me parece más evidente, y una pequeña precaución. La precaución es que cuando se plantea un acercamiento como el descrito, que es muy valioso, puede ser una tentación para el propio ego descalificar una cierta tradición de interpretación como si fuera una novedad absoluta; hay momentos en el texto que Benjamín Olivares parece caer un poco en esta tentación, pero al mismo tiempo da la oportunidad de revisar mejor ciertas tradiciones de interpretación.

Por otro lado me parece interesante que de los tres estadios y de los autores seudónimos al que más crítica Benjamín Olivares es al ético encarnado en el juez Wilhelm, pero por otro lado, al que más menciona, aunque ha dicho que no cruzaría textos entre autores, inclusive en las conclusiones finales, es la juez Wilhelm. Remarcando una y otra vez que si bien Wilhelm aporta un sentido de la ética como una armonía de lo estético y lo ético como elección de sí mismo y al final del día sería elegirse en relación a lo eterno, termina diciéndonos que

la felicidad viene entendida por él como integración de la sensualidad en el espíritu y la vida social mediante la aceptación de lo universal, pero como tal me parece que el espíritu no es en sí mismo objeto de gozo. En la ética de Wilhelm pierden todo su valor las reflexiones de S. Kierkegaard sobre el agradecimiento y la alabanza. Por tanto, aun siendo posible comprender la felicidad en categorías propiamente filosóficas como el ser presente consigo mismo, no obstante se corre el riesgo de interpretar esto como un ateísmo inmanentista, a menos que se explicita la fórmula más propiamente religiosa de la felicidad, como es la adoración y el agradecimiento por el don recibido de Dios”⁶.

Esta afirmación no es nueva, pero me parece que pretende forzar la interpretación de la separación entre el estadio ético y religioso, además de afirmar algo que ha dicho en el texto que no haría, decir lo que Kierkegaard realmente quiso decir. Porque si atendemos a los textos de Wilhelm, al menos la primera mitad de “El equilibrio entre lo estético y lo ético en la

⁶ *Ibíd.*, p. 406.

formación de la personalidad”, Wilhelm va profundizando sobre lo que significa la elección de ser sí mismo, en la cual siempre se denota que ese sí mismo, no es el ego ni es algo cuyo contenido sea abstracto, sino que es un movimiento de elección y recepción de sí que se experimenta como un tiempo porvenir.

Lo que podría entenderse como agradecimiento del don es la personalidad, puesto que eso que recibe, que es al mismo tiempo el objeto de la elección. Porque esa personalidad es una pasión anterior a la propia voluntad y la conciencia, es un don de Dios, es más la pasión por Dios, y que al recibirla se recibe su infinitud del poder eterno que la fundamenta, pero el texto que me parece contundente es cuando Wilhelm dice que la expresión de su amor a Dios es el arrepentimiento:

La razón por la cual la expresión de mi amor a Dios es el arrepentimiento, aun cuando no hubiese otra, es que él me amó primero....solo cuando me elijo a mí mismo como culpable me elijo de manera absoluta, si he de elegirme a mí mismo de manera absoluta sin que esto sea idéntico a crearme a mí mismo.. Su sí mismo está como fuera de él y debe ser conquistado, y el arrepentimiento es su amor hacia él, porque lo elige de manera absoluta, de la mano del Dios eterno.⁷

Termina diciendo “el arrepentimiento adquiere su verdadera expresión solo en el cristianismo...a mayor libertad, mayor culpa, esa es la cifra de la beatitud”⁸. En otras palabras, la ética de Wilhelm si bien no es *Temor y temblor* o Johannes Climacus, no es una ética atea e inmanente, sino desde el inicio tocada por la invitación de lo trascendente, por eso el gozo ético se da en el amor a Dios y que implica el dolor del arrepentimiento para la libertad. Por lo cual no me parece que la contraposición entre los estadios deba interpretarse tan forzosamente, sino que más bien parecen ser como cortes de un movimiento, de una continuidad, en ese sentido estamos de acuerdo con Benjamín Olivares, la felicidad es un tipo de actividad.

⁷ Søren Kierkegaard, “*El equilibrio entre lo estético y lo ético en la formación de la personalidad*” en *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida II*. Trad. Darío González. Madrid: Trotta, p. 197.

⁸ *Ibíd.*, pp. 198-199.